

La animación bíblica de la pastoral

Su etimología para entender mejor su lugar en la vida de la Iglesia

César Buitrago López¹

Resumen

El artículo desarrolla la etimología de la Animación Bíblica de la Pastoral y desde ella, las consecuencias para animar toda la acción pastoral de la Iglesia, respondiendo así al pedido explícito de la *Verbum Domini* 73, de resaltar el puesto central de la Palabra de Dios en la vida de la Iglesia. La Animación Bíblica de la Pastoral se concibe, por tanto, como la respuesta que el Espíritu Santo suscita en la Iglesia para que el Logos sea fuente del ser y hacer en la misión que Jesús ha encomendado a sus discípulos en la Tierra. Se propone que sea desde la comprensión de una pastoral orgánica.

Introducción

Con la Exhortación Apostólica Postsinodal *Verbum Domini* (73), la Animación Bíblica de la Pastoral² hace parte del Magisterio de la Iglesia católica. El presente artículo titulado: “La ABP, su etimología para entender mejor su lugar

1 El autor es Doctor y Licenciado en Teología por la Facultad de Teología del Uruguay, donde actualmente es profesor de Introducción a la Sagrada Escritura. También es profesor en el CELAM en la *cátedra de Animación Bíblica de la Pastoral*. csablopez@gmail.com

2 En adelante ABP.

en la vida de la Iglesia”, se inspira en la tesis doctoral que defendió el Pbro. César Buitrago en la Facultad de Teología del Uruguay en el año 2018. En ella trata la etimología de la ABP. Aquí se hacen algunos cambios, se amplían conceptos, pero se conserva el esquema: Animación – Bíblica – Pastoral.

El fin es poder ofrecer, desde la etimología del sintagma ABP algunas reflexiones que contribuyan a seguir profundizando en la importancia que reviste la Palabra de Dios en la evangelización del s. XXI. Es el Verbo Encarnado la fuente para llevar a cabo la tan anhelada renovación de la Iglesia y de toda su acción evangelizadora. Es la Palabra la que ha de inspirar y acompañar la vida de todo discípulo misionero. Con palabras de los obispos en la V Conferencia de Aparecida, que la Escritura sea “faro” que ilumine el camino y la acción de la Iglesia en salida, para que produzca mucho fruto.

La reflexión estará centrada en el sustantivo “animación” y en los adjetivos “bíblica” y pastoral. A partir de su etimología se presentarán algunas reflexiones de carácter teológico-pastoral.

1. Animación

En las Escrituras hebreas y cristianas la realidad que da existencia se le identifica como el Espíritu, como la *ruah*, la *pneuma*, el *aliento* que sale de la boca de Dios. De esa concepción se deriva el sustantivo “animación” (del latín *animus*) y se asume como fuerza interior, principio espiritual que desde lo profundo del ser empuja a la persona a tomar ciertas opciones y acciones.

Desde las primeras páginas de las Escrituras, la tradición judeocristiana va a dejar en claro que es el aliento de Dios, lo que hace que seres de arcilla sean seres humanos (cf. Gén 2,7).

Es como el alma que origina la dinámica a favor de una causa. Lo contrario sería el desánimo, falta de fuerza, la falta de vida. Es significativo que Aparecida al proponer la ABP (cf. 248) lo haga en asociación con las imágenes de la “fuente” de la evangelización, con el “alimento”, con el “pan de la Palabra” con el “encuentro con Jesucristo vivo”. En consecuencia, si la fuente deja de ser fuente, desaparece la realidad que debe dar vida o si la fuente está, pero nadie acude a ella, por los motivos que sea, todo lo que le circunda se verá privado de sus beneficios.

En el Nuevo Testamento la animación está estrechamente unida a la acción del Espíritu de Dios en los discípulos y la comunidad.

Guijarro Oporto en su introducción al tema: *El Espíritu Santo en la vida de Jesús* dice:

Los primeros cristianos tenían la certeza de que el Espíritu Santo actuaba en sus vidas. Leyendo las casi trescientas referencias a El que encontramos en los escritos del Nuevo Testamento es fácil advertir que no se trataba de una certeza teórica, sino de una convicción existencial muy intensa basada en la experiencia. Se sentían inundados por una fuerza que actuaba en ellos y a través de ellos. Esta fuerza que llenaba toda su existencia personal y comunitaria les introducía en una nueva vida y en una nueva comprensión de sí mismos, del mundo y del proyecto de Dios, y tenía como consecuencia un nuevo estilo de vida.³

Jesús que posee la plenitud del Espíritu, el mismo que actúa en Isabel, Zacarías, Juan Bautista, en el anciano Simeón y, especialmente, en la Virgen María, pero sólo Jesús, a lo largo de toda su existencia terrena, posee plenamente el Espíritu de Dios. Es concebido por obra del Espíritu Santo (cf. Lc 1,35). De él dirá el Bautista: «Yo los bautizo con agua, pero viene el que es más poderoso que yo, y Él los bautizará con el Espíritu Santo y fuego» (Lc 3,16). El mismo evangelista nos hace notar que toda la vida de Jesús estuvo caracterizada por el *animus*, por la *ruah*, decir, por el Espíritu Santo: antes de bautizar en Espíritu Santo y fuego, es bautizado en el Jordán (cf. Lc 3,22). No sólo se encamina al desierto por la fuerza del Espíritu, sino que va lleno del Espíritu (cf. Lc 4,1), inaugura su ministerio con la fuerza del Espíritu Santo (cf. Lc 4,14). En la sinagoga de Nazaret, se aplica a sí mismo la profecía del libro de Isaías (cf. Is 61,1-2): «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar la Buena Noticia a los pobres» (Lc 4,18). el Ungido por antonomasia promete a los suyos su Espíritu para que la vida de los discípulos y de la comunidad tenga siempre la fuerza indestructible de su acción (cf. Lc 24,49; Jn 15,26-27), promesa que cumple según el testimonio de los Hechos de los Apóstoles en Pentecostés (cf. Hch 2,4), quedando todos llenos del Espíritu Santo. En adelante, se notará tanto en los Apóstoles como en todos los discípulos y en los que se van uniendo a ellos el dinamismo (el *animus*) que hace surgir el Espíritu Santo.

En el capítulo 2 de los Hechos se enuncian como en una obertura, los tres grandes temas que después Lucas va retomando: la irrupción del Espíritu (Hch 2,1-13) impulsa a los discípulos a dar un testimonio valiente de Jesús (Hch 2,14-41) y como fruto de este testimonio y del Espíritu en que son bautizados los que creen, se consolida la comunidad cristiana (Hch 2,42-47). Espíritu, misión y comunidad son, en

3 Santiago Guijarro Oporto, «El Espíritu Santo en la vida de Jesús», *Cuadernos de Teología Deusto* 16 (1998) 13.

efecto, los tres temas que van resonando a lo largo de todo el libro, y ya desde el principio se presentan de forma articulada, de modo que se vea que es el Espíritu quien impulsa la misión y quien consolida la comunidad; que es la comunidad impulsada por el Espíritu quien lleva a cabo la misión; y que gracias a la misión aumenta y se consolida la comunidad.⁴

El Espíritu es quien anima y genera lo nuevo en la comunidad de creyentes. Él es el que nos impulsa a actuar y nos señala los rumbos del querer de Dios, expresados en líneas dinamizadoras coherentes con los clamores de nuestros pueblos y con la caridad de Cristo que nos apremia.

Cuando Pedro tiene que responder ante el Sanedrín con ocasión de la curación del tullido en el Templo, se dice en efecto, que Pedro estaba lleno del Espíritu Santo (cf. Hch 4,8). Al ser liberados Pedro y Juan por el Sanedrín llegan a los suyos y después de haber contado todo y orar en comunidad se afirma: «El lugar en el que estaban reunidos tembló, todos quedaron llenos del Espíritu Santo y anunciaban la Palabra de Dios con valentía» (Hch 4,31).

En consecuencia, al hablar de animación en cualquier pastoral de la Iglesia, nos estamos refiriendo al *animus* que brota de la Palabra: la Palabra no es un conjunto de ideas, pensamientos o conceptos sobre Jesús. La Palabra, aquella que se ha convertido en Escritura, es portadora de la Persona de Jesús.

2. Bíblica

El adjetivo bíblica que a su vez proviene del sustantivo plural griego Biblia [βιβλία] significa libros. El nombre proviene de Biblos, que era como los griegos llamaban a la ciudad fenicia de Guebal (40 km al norte de Beirut), el lugar más importante para el comercio de papiro traído de Egipto (Ez 27,9). Del griego pasó al latín y del latín a las lenguas occidentales, como una palabra singular y femenina para designar el canon sagrado tanto de los judíos como de los cristianos: la Biblia.

Para los cristianos, la Biblia conformada por sus 73 libros comunican la palabra del mismo Dios y hacen resonar la voz del Espíritu Santo en las palabras de los profetas y de los apóstoles. En los sagrados libros el Padre que está en los cielos se dirige con amor a sus hijos y habla con ellos (cf. DV 21). Ahora bien, es importante aclarar que la Palabra de Dios no es identificable propiamente con la

4 Guijarro Oporto, «El Espíritu Santo en la vida de Jesús», 16.

Biblia. La Biblia contiene la Palabra de Dios, pero la Palabra de Dios trasciende el libro. No se puede confundir el libro (la Biblia) con la Palabra de Dios.

La característica específica del cristianismo está resumida en la afirmación hecha por el teólogo Söding, experto en el Nuevo Testamento y citada por Koch: «El cristianismo tiene una Sagrada Escritura, pero no es una religión del libro. El corazón del cristianismo es una Persona: Jesús de Nazaret. A través de Él se realiza la unión entre lo humano y lo divino, entre Dios y el ser humano»⁵. El cristiano considera la Biblia como vehículo privilegiado de la Palabra de Dios, pero el cristianismo no puede definirse como religión del libro (cf. VD 7). La Palabra escrita no encierra materialmente el Misterio, lo anuncia y celebra, pero no es todo el Misterio.

El libro sagrado (la Biblia) es un momento de la Palabra de Dios. Nuestro Dios es una Persona, un ser viviente que habla, escucha y comunica. De ahí que la Palabra de Dios es mucho más que una palabra. Es el ser mismo de Dios en su actividad. Más claramente aún es Dios mismo en cuanto actúa y se dirige ad extra, siendo la Palabra suprema y extrema Cristo Jesús: Dios dicho y comunicado en la historia, asumiendo nuestra naturaleza humana, naciendo de una mujer. La Palabra de Dios es por tanto una realidad viva, que a lo largo de la historia de salvación se ha ido comunicando por medio de la Tradición apostólica; a esta dinámica de la Palabra pertenece su forma escrita: la Biblia o la Sagrada Escritura.

El libro representa el momento de la transcripción “permanente” de un encuentro, de un “*evangelium scriptum in cordibus fidelium*” [“evangelio escrito en los corazones de los fieles”]. Las Escrituras forman la estructura más íntima del pueblo de Dios y de la iglesia viviente: no es un producto a priori, del cual se engancha el pueblo en un segundo momento, como de afuera. Sino que son expresión del pueblo generado en torno a la Palabra, convocado por la Palabra, anunciador, en el corazón y por escrito, de las grandes gestas de Dios. No se puede separar la Biblia del camino de la historia (y de un pueblo) bajo la guía de la Palabra. Los libros sagrados son por lo tanto condensación del filón subterráneo del ethos del pueblo, son explicitación y tematización de su conciencia religiosa. Sólo en el adentro de la comunidad que espera y aguarda, que recuerda y vive, los textos son elocuentes y retornarán elocuentes.

Por tanto, *animar* desde la Sagrada Escritura, que contiene o consigna la Palabra de Dios, única fuente que da vida en el pleno sentido del término, es el encuentro con la Palabra; Verbo hecho Carne contenido fundamentalmente en

5 Kurt Koch, «El Anuncio de un Dios que habla», *Boletín Dei Verbum* 1 (2012) 3-13.

la Sagrada Escritura. Queda entonces claro, no se anima con libros, sino con la certeza que dichos libros o Escrituras contienen lo que Dios por su Hijo Jesucristo nos reveló.

3. Pastoral

Tanto en los LXX como en el NT se emplea el sustantivo griego (*poimēn*) con el significado de pastor o de aquel que cuida el ganado mayor o menor. En sentido metafórico designa al que conduce o guía a una comunidad.⁶ Por su parte el verbo (*poimaino*) aparece en los LXX y en el NT con el significado de pastorear, conducir el ganado a lugares de agua y alimento. En sentido figurado significa conducir, dirigir a un pueblo o grupo de personas.⁷

El Salmo 23 conocido como el Buen Pastor, es un ejemplo del pastoreo, sin embargo, en los estudios a este salmo la mayoría de los autores coinciden en la imagen de la primera parte, donde sería evidente la figura del Buen Pastor (cf. vv 1-4); con la segunda imagen existen diferencias en cuanto al nombre que le dan. Por ejemplo, Rodríguez habla de la imagen del pastor y la del anfitrión que recibe como huésped al que llega a casa⁸; Alonso habla de la imagen del pastor y del huésped y se detiene a analizar la importancia de la hospitalidad en la cultura oriental nómada;⁹ Schaefer habla de la imagen del pastor y del banquete¹⁰; Romano Guardini sólo habla de la imagen del Pastor y del valor de la hospitalidad en la cultura bíblica¹¹.

En nuestra reflexión, preferimos la imagen del pastor y del hospedero porque acoge al huésped (no es el que ha llegado como huésped el que pone la mesa) al llegar a casa y se pone a servirlo ofreciéndole el mejor banquete y dispuesto a defenderlo de sus enemigos. De tal forma que todo el salmo refleja la primacía del don que se le dispensa al orante, la gratuidad del obrar del pastor que pone al resguardo de todo peligro.

6 Amador Ángel García Santos, *diccionario del griego bíblico*, Setenta y Nuevo Testamento (Estella-Navarra: Verbo Divino, 2011), 698.

7 Cf. García Santos, *diccionario...* 697-698.

8 Cf. Ángel Rodríguez, *Salmos* (Madrid: Desclee de Brouwer, 2004), 75.

9 Cf. Luis Alonso Schökel y Cecilia Carniti, *Salmos 1-72* (Estella-Navarra: Verbo Divino, 2008), 388.

10 Cf. Konrad Ronald Schaefer, *Salmos, Cantar de los Cantares y Lamentaciones* (Estella-Navarra: Verbo Divino, 2006), 103.

11 Cf. Romano Guardini, *La sabiduría de los salmos* (Madrid: Desclee de Brouwer, 2015), 69.

En este sentido, el orante del Salmo 23 mediante dos imágenes, la del pastor (cf. vv 1-4) y la del hospedero (cf. vv. 5-6) y teniendo como fondo la pregunta: ¿Qué hace el Señor por mí?¹² Va a ir presentando todo el cuidado del que es objeto por parte del pastor.

El pastor de los (vv. 1-4) ofrece confianza para todas las situaciones de la vida por más adversas que sean. Así lo expresan el “nada me falta”, me hace “descansar en verdes pastos”, “beber en fuentes tranquilas”, “recuperar fuerzas”, “avanzar por el camino correcto”. Además, tiene garantizada su seguridad, porque “bastón y vara” lo defienden.

Con la imagen del hospedero se pone de manifiesto la sobreabundancia del don que el pastor dispensa a sus ovejas, además del triunfo sobre los enemigos que le acechan,¹³ ahora está a salvo y sus enemigos sólo pueden observarlo de lejos sin ningún poder para herirlo. La imagen del pastor se atenúa y se da paso a los símbolos del pan, del vino, del óleo perfumado, todos ellos signos externos de la acogida, de la hospitalidad.¹⁴

En el Nuevo Testamento Jesús nos dirá que no es sólo alimento abundante; sino que Él como Buen Pastor da la vida por sus ovejas (cf. Jn 10,11), la relación con ellos es el del conocimiento mutuo (cf. Jn 10,14), conocen la voz del pastor (cf. Jn 10,4.16). Por lo tanto, si la palabra “pastoral” proviene de esta terminología, esto significa que la misma “pastoral” no está dirigida exclusivamente a ofrecer servicios religiosos sino -ante todo- a poner en relación con Jesús, a propiciar el encuentro con el Pastor para dar vida.¹⁵

Unificando se puede afirmar desde la etimología del sintagma ABP que el verdadero espíritu, el *animus*, sólo es generado por la Persona de Jesús que impulsado por el Espíritu Santo en comunión con el Padre sigue dando vida a su

12 Para el hebreo la relación con Dios no es una relación sentimental. El afecto no se expresa de una manera sentimental, sino de un hacer, de un ocuparse del uno por el otro. (Cf. William Edwy Vine, *Diccionario expositivo de palabras del Antiguo y Nuevo Testamento* (Costa Rica: Grupo Nelson, 1998), 199.

13 Cf. Alonso Schökel, Luis y Cecilia Carniti, *Salmos 1-72*, 388.-395.

14 En los vv. 5-6 de este Salmo se aplican las normas de la hospitalidad oriental: se perfuma la cabeza de los invitados, se le ofrece una copa espumante de la amistad, se le prepara una mesa que, indicando protección y vínculos bien estrechos de ayuda recíproca, se convierte en el espacio de protección inviolable contra los enemigos y la hostilidad de cualquier tipo (cf. Roland de Vaux, *Instituciones del Antiguo Testamento* (Barcelona: Herder, 1976), 33-34; Xavier Pikaza, *Diccionario de la Biblia*, (Estella-Navarra, 2008), 30.

15 Cf. Casiano Floristán, *Teología práctica. Teoría y praxis de la acción pastoral* (Salamanca: Sígame, 1991), 46.

Iglesia. No es un “animarse” por causa de ideas o estrategias de Jesús. Ni tampoco se trata de un simple estudio de las Escrituras. Se puede estudiar la Palabra, se puede anunciar a Jesús sin amarlo, pues el estudio es posible también sin ser discípulo. Desde la ABP la animación está fundada en la acción del Espíritu de Dios que por medio de los discípulos y en comunión con la comunidad es el *animus*, el pastor y el hospedero de su Iglesia.

Evangelizar desde la comprensión de la ABP, no es hacer cosas, programar actividades, se trata sobre todo del *animus* que brota de la Palabra: la Palabra no es un conjunto de ideas, pensamientos o conceptos sobre Jesús. La Palabra, aquella que se ha convertido en Escritura, es portadora de la Persona de Jesús. Como se ha indicado antes, a través de la palabra bíblica, es posible la amistad con Él, a través del texto bíblico (que es mediación) se cultiva el afecto, el encuentro, el silencio atento ante Él, la obediencia a Él, la gratitud y confianza, y se aprende la gratuidad de Cristo, Cabeza y pastor de toda la Iglesia.

En el estudio de la etimología de la ABP surge una exigencia: asumir la ABP desde una pastoral orgánica, cuyo fundamento es la eclesiología de comunión, que tiene a Cristo como Cabeza de todo el cuerpo que es la Iglesia (cf. Col 1,18). Por eso, Cristo Cabeza es el que dispensa toda fecundidad y vitalidad a su cuerpo para que cumpla fielmente su misión de hacer actual la Buena Noticia del Reino en el mundo.

El concepto paulino de cabeza (Cristo-Cabeza del cuerpo que es la Iglesia) significa en primer lugar el poder que le pertenece sobre todo el cuerpo: un poder supremo, a propósito del cual leemos en la carta a los Efesios que Dios «bajo sus pies sometió todas las cosas y le constituyó cabeza suprema de la Iglesia» (Ef 1,22). Como Cabeza, Cristo transmite a la Iglesia, cuerpo su vida divina, a fin de que crezca «en todo hasta aquel que es la Cabeza, Cristo, de quien todo el cuerpo recibe trabazón y cohesión por medio de toda clase de junturas que llevan la nutrición según la actividad propia de cada una de las partes, realizando así el crecimiento del cuerpo para su edificación en el amor» (Ef 4, 15-16). Como Cabeza de la Iglesia, Cristo es el principio y la fuente de cohesión entre todos los miembros del cuerpo (cf. Col 2,19). Es el principio y la fuente de crecimiento en el Espíritu: de Él todo el cuerpo recibe el crecimiento para su edificación en el amor (cf. Ef 4,16). Por eso el Apóstol exhorta a ser sinceros en el amor (cf. Ef 4, 15). El crecimiento espiritual del cuerpo de la Iglesia y de cada uno de sus miembros es un crecimiento desde Cristo (principio) y, al mismo tiempo, hacia Cristo (fin). Nos lo dice el Apóstol cuando completa su

exhortación así: Siendo sinceros en el amor, crezcamos en todo hasta Aquel que es la Cabeza, Cristo.¹⁶

Cristo Cabeza es el que da vida a su cuerpo místico que es la Iglesia, como la vid la da al sarmiento que está unido con ella (cf. Jn 15,1-8). La ABP en esta comprensión eclesiológica reconoce que toda la vitalidad de la acción pastoral en la Iglesia le viene del *Logos* que como Cabeza le comunica la verdadera vida. En esta analogía Cristo-Cabeza e Iglesia-Cuerpo, se expresa la auténtica relación que desde la ABP se quiere promover en todas las pastorales. Así como la Cabeza es la parte más alta y sede en donde se originan todos los movimientos del resto del cuerpo, así en la Iglesia el Verbo Encarnado ha de ser la fuente que origine y dé vida a todas las iniciativas pastorales que en el cuerpo (la Iglesia) se propongan para la salvación de los hombres. En esta comprensión de pastoral orgánica todos los agentes de pastoral serán protagonistas animados por la Palabra de Dios.

Desde esta comprensión, la ABP no quiere ofrecer nociones o ideas acerca de Jesús y su Reino, sino que su anhelo es poner en el centro la Palabra de Dios y que desde ella se llegue a la experiencia personal con Jesús Resucitado, que se experimente así el encanto de este encuentro que nunca será indiferente. Siempre habrá algún tipo de reacción-respuesta. Tenemos en el Evangelio el ejemplo de algunos personajes: Nicodemo (cf. Jn 3,1-21), la Samaritana (cf. Jn 4,1-12), Zaqueo (cf. Lc 19,1-10) y también Pablo que declara que ya no es el mismo luego del encuentro con el Señor. Se han convertido en “agentes de la pastoral” profundamente marcados por dicho encuentro.

Brota otra exigencia en la pastoral orgánica en el sentido de darle toda la importancia que tiene para la Iglesia la comunión y la unidad.

Ratzinger se ha expresado con claridad del peligro de dejar a un lado la comunión y la unidad y cuál es el verdadero servicio que se espera del teólogo: Gran parte de la teología parece haber olvidado que el sujeto que hace teología no es el estudioso individual, sino la comunidad católica en su conjunto, la Iglesia entera. De este olvido del trabajo teológico como servicio eclesial se sigue un pluralismo teológico que en realidad es, con frecuencia, puro subjetivismo, individualismo que tiene poco que ver con las bases de la tradición común. Parece que ahora el teólogo quiere ser a toda

16 Juan Pablo II, audiencia general. Miércoles 20 de noviembre de 1991; cf. Fernando Ocaris, Mateo Seco y José Antonio Riestra, *El misterio de Jesucristo* (Estella-Navarra ³2004), 261-263.

costa “creativo”; pero su verdadero cometido es profundizar, ayudar a comprender y a anunciar el depósito común de la fe, no crear.¹⁷

Unidad que no es uniformidad, pero sí unidad vital: como la unidad diferenciada y armónica de los órganos de un ser viviente: donde cada órgano aporta lo suyo en bien de la totalidad. No es pues la suma de actividades paralelas, sino de la participación y derivación vital de la acción pastoral de Cristo buen Pastor con su Espíritu, en un proyecto común; donde las diferentes acciones (catequesis, liturgia, pastoral familiar, juvenil, vocacional) convergen hacia el único fin que es la vida plena y fecunda en este mundo y la certeza de la salvación eterna.

La ABP (teniendo en cuenta su etimología) se comprende como aquella fuerza interior, aquel principio vital-espiritual (alma) que, a partir de dentro, mueve e inspira todas las iniciativas en la Iglesia para que siga siendo en este mundo sacramento de salvación. Es su Palabra que suscita cualquier acción pastoral, la sostiene y la hace fecunda en un ritmo vital continuo que, como sístole y diástole llevan a la Iglesia recogerse para dispersarse, a reunirse para sentirse siempre de nuevo una Iglesia en salida.¹⁸

Desde su etimología la ABP en el marco de la pastoral orgánica cimentada en la eclesiología de comunión,¹⁹ la Sagrada Escritura adquiere un singular significado. Ésta es “fontal”, pues ella contiene la revelación de Dios. De ahí que ninguna acción de la Iglesia deba prescindir de esta fuente. Se puede decir que cuando a una pastoral se le priva de la Palabra de Dios, se le priva de la vida y por lo tanto de la capacidad de generar vida. No se puede entender ninguna acción evangelizadora dentro de la Iglesia que no beba del manantial de la Palabra. Ninguna pastoral puede estar ajena al influjo vitalizador que ella contiene. La Palabra de Dios está en el origen (es su *ruah*), es su fundamento, es la razón más íntima de su existencia.

17 Joseph Ratzinger y Vittorio Messori, *Informe sobre la fe* (Madrid: BAC, 2005), 32.

18 “*Iglesia en salida*”, una perspectiva importante del Papa Francisco, un verdadero logotipo de su comprensión de la Iglesia como una Iglesia que debe dejar de mirarse a sí misma y ser para el mundo la luz de Cristo. (cf. Francisco, *Evangelii Gaudium, Sobre la alegría del Evangelio* (Bogotá: San Pablo, 2013), 195-199.

19 Cada bautizado, en efecto, es portador de una vocación original, la que deberá desarrollar en unidad y complementariedad con la de los otros, a fin de formar el único cuerpo de Cristo, entregado para la vida del mundo. El reconocimiento práctico de la unidad orgánica y la diversidad de funciones asegurará mayor vitalidad misionera y un anuncio más incisivo del Evangelio (*Documento síntesis de los aportes recibidos para la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano* (Bogotá: CELAM, 2011), 226.

La Palabra de Dios que la ABP procura hacer presente es la generadora de la verdadera comunión entre todos los que conforman el cuerpo de Cristo (la Iglesia), es unidad dinamizadora para su eficacia permanente en todas sus acciones. Se superan las miradas miopes de cuidar cada uno su propio espacio pastoral y se abre a la riqueza y novedad que el Espíritu Santo dona a cada miembro de la Iglesia. Genera comunión y participación y fortalece el testimonio de catolicidad en el mundo. «Todos somos responsables de promover y establecer una relación familiar con la Palabra de Dios, tanto a nivel personal, como a nivel pastoral asumiendo también la corresponsabilidad en el anuncio de la Palabra».²⁰ Los obispos en Aparecida nos dicen:

El Proyecto Pastoral de la Diócesis, camino de pastoral orgánica, debe ser una respuesta consciente y eficaz para atender las exigencias del mundo de hoy, con ‘indicaciones programáticas concretas, objetivos y métodos de trabajo, de formación y valoración de los agentes y la búsqueda de los medios necesarios, que permiten que el anuncio de Cristo llegue a las personas, modele las comunidades e incida profundamente mediante el testimonio de los valores evangélicos en la sociedad y en la cultura. Los laicos deben participar del discernimiento, la toma de decisiones, la planificación y la ejecución. Este proyecto diocesano exige un seguimiento constante por parte del obispo, los sacerdotes y los agentes pastorales, con una actitud flexible que les permita mantenerse atentos a los reclamos de la realidad siempre cambiante.²¹

La ABP se inserta en la pastoral orgánica haciendo que todos en la Iglesia asuman el rol que les corresponde por el bautismo. Hoy se hace urgente que el compromiso sea activo y no pasivo, valorando el don que cada uno tiene, promoviendo la corresponsabilidad y creciendo en la capacidad donativa de cada miembro en la Iglesia.

No se puede ser discípulo misionero sin la comunidad porque es en la Iglesia en donde recibimos identidad y pertenencia.²² La Iglesia es un cuerpo en el que Cristo es la cabeza (cf. Ef 1,23); un cuerpo en el que actúa el Espíritu Santo,

20 *Orientaciones Animación bíblica de la Pastoral* (Bogotá: CELAM, 2016), 76.

21 *Documento de Aparecida, V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe* (Bogotá: CELAM 2007), 371.

22 La Iglesia no es una simple organización; es un organismo vivo por la vida que recibe de su Cabeza que es Cristo. Él le da energía y coordina la diversidad que existe dentro del cuerpo, diversidad que se manifiesta en ministerios y dones espirituales siendo el mismo Cristo el que dirige la unión del cuerpo, haciendo que los miembros individuales se sirvan y se apoyen unos a otros. (John MacArthur, *Un cristianismo sencillo* (Bogotá: CLC, 2010), 26.

donde cada cristiano es insustituible y no por lo que hace, sino por lo que es: miembro de Cristo, hijo de Dios. El sustento de la comunión en la Iglesia está en la misma comunión del Dios Uno y Trino.²³ Él mismo desde los comienzos, por medio del Espíritu Santo la enriqueció con diversos carismas. Pablo desarrolla largamente y en muchas cartas este tema: tenemos carismas diferentes (cf. Rom 12,6); «Cada uno tiene de Dios su propio carisma, unos de una manera y otros de otra» (1Co 7,7) y el autor de la primera carta de Pedro dice: «Que cada uno ponga los dones que ha recibido al servicio de los demás, como buenos administradores de las diversas gracias de Dios» (1Pe 4,10).

Es un hecho pues, que el Espíritu Santo reconduce a la Iglesia a las fuentes más puras en donde debe alimentarse y alimentar a todos sus hijos. La ABP ha de llevar a la práctica la exhortación que encontramos en DV 24 de que la Sagrada Escritura sea como el alma de toda la teología y que todo el ministerio de la palabra se ha de nutrir y vigorizar saludablemente con la misma Palabra de la Escritura; de tal forma que ella ilumine la mente, robustezca las voluntades y encienda los corazones de los hombres en el amor de Dios (cf. DV 23).

Si cualquier pastoral en la Iglesia lo que busca es hacer presente el Misterio Pascual,²⁴ resulta imprescindible que lo que se ponga en ella como alma y fundamento no sea un elemento extraño y ajeno a su ser, sino que éste ha de ser conforme a su naturaleza y al fin que busca. En la pastoral orgánica la Palabra de Dios no sólo es el alma sino también su fuente, una fuente de vida y aliento que permanentemente rejuvenece. Ella es la que hace que la Iglesia (su cuerpo) sea siempre una realidad viva y no algo que se quede inmóvil en el pasado. Es el centro que unifica, porque Cristo, siendo el *Logos*, nos hace presente la plenitud de la revelación. Pero es un centro inaprensible, que no podremos nunca secuestrar en nuestras pobres reflexiones, una verdad desbordante que permanentemente nos mueve y nos lleva a ir más allá, a estar en búsqueda, a soñar que es posible una Iglesia, toda ella nutrida, embellecida y rejuvenecida por la Palabra de Dios.

23 Cf. Luis Francisco, *El Dios vivo y verdadero, el Misterio de la Trinidad* (Salamanca: Ágape, 2010), 192-193.

24 “La Iglesia celebra toda la historia de la salvación centrada en la Persona y en los acontecimientos de la vida histórica de Jesús. La Biblia es la fuente principal de la que se nutre la celebración cristiana. En ella recorremos toda la historia de las intervenciones liberadoras de Dios desde la creación del mundo, hasta culminar en la vida de Jesús con todos sus acontecimientos particulares” *Manual de liturgia: La celebración del Misterio Pascual* (Bogotá: CELAM, 2000), 144.

Bibliografía

- Schökel, Luis y Cecilia Carniti. *Salmos 1-72*. Estella-Navarra: Verbo Divino, 2008.
- Consejo Episcopal Latinoamericano, *Orientaciones Animación bíblica de la Pastoral*, Bogotá: CELAM, 2016.
- Consejo Episcopal Latinoamericano, *Documento síntesis de los aportes recibidos para la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, Bogotá: CELAM, ²2011.
- Consejo Episcopal Latinoamericano, *Documento de Aparecida, V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe*, Bogotá: CELAM, 2007.
- Consejo Episcopal Latinoamericano, *Manual de liturgia: La celebración del Misterio Pascual*, Bogotá: CELAM, 2000.
- Francisco, *Evangelii Gaudium, Sobre la alegría del Evangelio*, Bogotá: San Pablo, 2013.
- García Santos, Amador Ángel, *Diccionario del griego bíblico, Setenta y Nuevo Testamento*. Estella-Navarra: Verbo Divino, 2011.
- Guardini, Romano, *La sabiduría de los salmos*, Madrid: Desclee de Brouwer, 2015.
- Guijarro Oporto, Santiago: «El Espíritu Santo en la vida de Jesús», *Cuadernos de Teología Deusto* 16, (1998):13-34.
- Koch, Kurt: «El Anuncio de un Dios que habla», *Boletín Dei Verbum* 1, (2012): 3-13.
- Ocaris, Fernando, Mateo Seco y José Antonio Riestra. *El misterio de Jesucristo*, Estella-Navarra: Verbo Divino, ³2004.
- Pikaza, Xabier, *Diccionario de la Biblia. Historia y Palabra*, Estella-Navarra, 2008.
- Ratzinger, Joseph y Vittorio Messori, *Informe sobre la fe*, Madrid: BAC, ²2005.
- Rodríguez, Ángel, *Salmos*. Madrid: Desclee de Brouwer, 2004.
- Shaefer Konrad, Ronald, *Salmos, Cantar de los Cantares y Lamentaciones*. Estella-Navarra: Verbo Divino, 2006.
- Vine, William Edwy, *Diccionario expositivo de palabras del Antiguo y Nuevo Testamento*, Costa Rica: Grupo Nelson, 1998.